

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de San Bernardo, 119, 2.º piso.

Un Obispo Misionero

No hace mucho murió rodeado de sus amados negros Monseñor Próspero Gauthovard, Obispo del Africa ecuatorial francesa. Durante cuarenta años gobernó aquella su dilatadísima diócesis, compuesta en su mayor parte de negros, a quienes amaba con ternura maternal, y quienes a su vez adoraban a su amabilísimo y celoso pastor. Conforme avanzaba en edad, crecían también los deseos de este buen misionero de ver a su predilecta misión en el estado más floreciente. Por eso procuraba ahorrar cuanto podía para con ello mejorar la situación económica de sus ovejas.

El Obispo Próspero (como comúnmente se le llamaba), había nacido en Francia, de padres humildes, pobres, piadosos y ahorradores, y por eso le dolía muchísimo desperdiciar o malgastar ni un centavo siquiera, porque lo consideraba como propiedad del Señor. El y los misioneros que le acompañaban vivían de las ofertas voluntarias y generosas que les entregaban los fieles; y bien sabían éstos lo pobremente que todos los misioneros vivían. Hubieran considerado aquellos celosos apóstoles como pecado gravísimo gastar lo más mínimo en cosas no necesarias, pues con ello podrían haber salvado algunas almas.

Treinta años se habían pasado ya sin que el venerable anciano hubiera vuelto a Europa; un viaje tan largo habría dilapidado mi pobre tesoro, y me hubiera quitado un medio de poder salvar no sé cuántas almas, decía el buen Obispo. Más con la edad avanzada, los muchos trabajos y privaciones de tantos años, la salud del misionero empezó a decaer; y sobre todo empezó a sufrir con frecuencia ataques agudos al hígado. Sus buenos amigos lograron después de muchas negativas de parte suya, convencerle de que una corta permanencia en Vichy, le devolvería la salud y las fuerzas, con lo que podría trabajar muchos años aún entre sus amados negros. Así pues se convino en que el Obispo con otro que le acompañase se pusieran en camino.

Subieron al vaporecito de la misión rumbo a Leopoldville en el Congobélgica, desde donde era necesario tomar el tren hasta el puerto de Matadi. Llega-

dos allí presentóse el Obispo con su compañero en la taquilla de la estación.

—Dos billetes hasta Matadi, dijo Mons. Próspero.

—¿Dos billetes de primera clase? preguntó el expendedor notando que los dos eran blancos y uno de ellos Monseñor. 500 francos cada uno.

—¿Cómo, 1.000 francos por trescientos kilómetros? dijo todo extrañado el Obispo.

—Sí, 500 por cada billete. No estamos en Europa, y no hay que imaginarse los precios de allá,—contestó con calma el expendedor de billetes.

—¡1.000 francos! protestó de nuevo el Obispo.—Pero ¿qué está usted creyendo? Con 1.000 francos puedo comprar 10 negros, pagar por su manutención durante un año entero y hacer de ellos buenos cristianos. ¡1.000 francos!... Entonces, denos billetes de segunda clase.

—Muy bien, Monseñor, 600 francos por los dos.

—¿300 francos cada uno? ¡Pero hombre!, dijo extrañado otra vez el Obispo. Mientras esto acontecía el Jefe principal que había notado algo especial en la taquilla, se llegó a enterarse del caso. El Obispo continuaba en su protesta.

—Bien, señores, dijo medio suspirando y con afecto de honda tristeza, ¿cuáles son los billetes más baratos que tienen ustedes?

—Los más baratos son los de cuarta clase a 28,50 francos. Pero estos sólo son para los negros.

—Señores, dijo con toda pausa y solemnidad el Obispo,—he estado viviendo con negros más de treinta años; yo creo que bien podré pasar veinticuatro horas en un carro con ellos y así ahorraré 943 francos; aquí tiene usted 57 francos; denos billetes de cuarta clase... ¿Cuándo arranca el tren?

—Dentro de dos horas. Y les advierto que no hay tren sino cada tres días; de modo que van atestados de gente; así que vayan cuanto antes para coger sitio.

—Muy bien: allá vamos enseguida, dijo alegremente el Obispo.

Instalóse, pues, su Señoría con su compañero al lado de sus baúles y su cesta de provisiones (bien cortas y or-

dinarias, por supuesto), en uno de aquellos carros sin techo ni nada y provisto de miserabilísimos asientos, en medio de una muchedumbre de negros y negras con quienes intimó al momento charlando y contando historietas en sus dialectos propios.

Mientras esto ocurría en aquel pulman singular e improvisado, el Jefe de la estación se puso a pensar y después de un rato se presentó ante el carro o vagón en que se hallaba el Obispo y

—Monseñor, dijo,—no puedo permitir que dos blancos, y uno de ellos Obispo, vayan en un vagón destinado a conducir ganado y negros. Présteme sus billetes y con esta nota adicional que voy a escribir, podrán viajar en primera clase.

—Muchísimas gracias; le agradezco con toda mi alma, contestó el Obispo, su generosidad, y sé que Dios se lo premiará. Permitame darle mi bendición.

Recibida ésta, todavía el Jefe sintió en su interior cierto resquemor. Me parece que será mejor hablar con el Agente general de Matadi, se dijo. Le telefoneó en efecto enterándole del caso, y el Agente general que era un buen católico quedóse confundido y anonadado. La respuesta fué la siguiente:

—De ninguna manera permita que el Obispo viaje en el tren ordinario. Ponga usted un especial para él.

Y el Jefe mandando sacar el equipaje y la cesta de provisiones, se asomó al departamento en que se hallaban el Obispo y su compañero y dijo:

—Monseñor, le suplico me haga el honor de aceptar un tren especial que se va a formar para su Excelencia.

—¿Cómo, dijo todo confundido Monseñor Próspero. Pero por qué se toman ustedes tanta molestia? si vamos a viajar perfectamente bien aquí.

No sabemos si el Obispo disfrutó más en su tren especial que hubiera gozado en compañía de sus negros y negras, de los cuales se había hecho tan amigo en pocos minutos.

«Ningún modo mejor de agradecer a Dios el beneficio de la fe, que procurar difundirla entre los gentiles».

Pío XI.

CHARLA

—Mira, ¿ves aquellos dos que van paseando en animada conversación, por junto a la estatua de nuestro gran Calderón de la Barca?

—Sí. ¿Quiénes son?

—El sacerdote, misionero bien probado de muchos años en las más incultas regiones de Africa; como que por dos veces sufrió el martirio hasta dejarle por muerto. El otro es hermano suyo, misionero también, sólo que en países civilizados y de muy otra manera; en el periódico y en la tribuna; excuso decirte que mártir también, aunque... moralmente.

—Hablas de ellos como si supieses su vida. ¿Los tratas?

—Tengo esa honra. ¿Quieres que nos acerquemos?

—Si en ello no ha de haber indiscreción alguna, por mi parte con mucho gusto.

—Pues ya ven ustedes, no es aquella barbarie africana la más temible de las barbaries. En cuanto los pobrecitos negros ven y comprenden cuánto es el afán y el interés que ponemos en su bien aún a costa del nuestro; en cuanto saben que por darles una suprema FELICIDAD que no ha de tener término, el misionero católico abandonó su patria, su familia y sus comodidades, se nos entregan como corderos y así formamos luego aquellas cristiandades que dan mucha gloria a Dios y paz a las almas. ¡Esto, oh, sí, créanme a fe de sacerdote del Altísimo, es para nosotros el mejor premio!

—Pero... esa mano mutilada y esa horrible cicatriz en la frente, hacen suponer lucha...

—Estas señales son mis mejores laureadas de campaña, pero no me las han proporcionado mis amados negritos, ¡no! Esta mutilación me la ocasionó una fiera con la que tuve que luchar de un modo que cada vez me lo explico menos; la Providencia de Dios que velaba por mi y por el negrito que quise salvar y salvé de ser devorado.

—¿Y la fiera?

—Mi cuchillo la dejó inerte.

—¿Y esa otra herida de la sien?... si se puede saber.

—La causa de esta no tiene, su relato, importancia ninguna...

—Sí la tiene, y puesto que mi hermano no quiere decirlo, la diré yo. Los reyezuelos de aquellos países donde mi hermano tiene la Misión, viendo que les estorbaba no poco su repugnante venta de esclavos, le cogieron por sorpresa una noche y quisieron matarle. Eso creyeron que habían hecho cuando, después de hacer en su cuerpo mil herejías, lo abandonaron a ser comido de las fieras, pero Dios veló por su siervo, y sus negritos, encontrándole, le cuidaron hasta su completa curación.

—¡Oh, labor admirable la de nuestros misioneros católicos, nunca bastante conocida; nunca bastante comprendida!

—Yo quisiera que al menos fuera un poco más conocida de lo que se la co-

noce, para no encontrarnos escasos de los recursos que nos son más indispensables al mejor fruto espiritual de estas Misiones, y a esto he venido, con el permiso de mis superiores, a mi inolvidable y amada España.

—Dios quiera que lleve V. P. de ella buenos recuerdos y abundantes provisiones.

—Expondré en conferencias públicas lo que aquello es y promete para Cristo; medigaré de casa en casa, de sociedad en sociedad. Todos mis esfuerzos, toda mi voluntad pondré al servicio de esta santa causa y Dios hará lo demás.

—Difícilísima, espinosa ha de ser su tarea, ya lo verá, porque el ambiente de nuestra actual sociedad es un mucho materialista. Está más por las cosas de tejas abajo que por las cosas del espíritu.

—De esto mismo le venía yo hablando a mi hermano hace un momento, y para corroborar mi afirmación le leía este párrafo del diario católico más íntegro de España:

«La triste experiencia enseña que el cristiano atraído con frecuencia por los bienes sensibles y efímeros de la vida, cansado de combatir continuamente contra las propias concupiscencias, ocupado sin cesar en los negocios de una vida febril y agitada, solicitado, instado, apretado por enemigos lisonjeros, dulces, halagüeños y astutos, va poco a poco agotando sus fuerzas morales, mira con indiferencia los deberes religiosos, no para mientes en los problemas del orden sobrenatural, se olvida de los destinos eternos, duerme tranquilo al borde del precipicio, y, por último, cae miserablemente en la culpa y se abandona a una vida licenciosa y criminal. Y en el desenfreno de sus indómitas pasiones, corre de espectáculo en espectáculo, de cabaret en cabaret, de orgía en orgía, de festín en festín, de bacanal en bacanal, visitando sin rubor ni vergüenza los centros del placer, donde reina el vicio sin disfraz, la sensualidad sin restricción y la inmoralidad más espantosa».

—Verdad es que hoy la prensa mala, enemiga de Dios, está ocasionando desastres sin cuento; que muchos que se precian de buenos no tienen en cuenta aquellas elocuentísimas palabras de nuestro S. P. Pío XI, «que un solo periódico católico deje de existir a causa de nuestras vacilaciones; que un solo periodista católico se vea obligado a detener sus pasos por falta de recursos que nosotros le habríamos podido facilitar y que le rehusamos, es una tremenda responsabilidad sobre la cual hemos reflexionado demasiado poco en el trascurso de nuestra vida».

Cierto es también, todo el mundo lo sabe, que la historia de los procesos de los criminales está llena de casos de influencia de malas lecturas y que, por lo mismo, el Apostolado de la Buena Prensa es uno de los más eficaces en nuestros días, pero con todo esto y con tener, muchos que se precian de católicos, así olvidados tan sacratísimos deberes, no desconfíen ustedes, por Dios, no sean pesimistas, ni dirijan sus mira-

das a ese horizonte negro ni a ese horizonte gris para decir que todo el horizonte es negro, que todo el horizonte es gris. Vuélvánlos allí donde brilla el sol con destellos de gloria inmortal y bajo él verán cuántas almas se cobijan inflamadas en ese amor divino que hace héroes y hace santos. ¡No son tan pocas, no; son legión que consuela, anima y entusiasmo por su número y su fervor. A estas vengo yo buscando un poco de amor y caridad, que en ellas abundan, para mis negritos, que si vieran ustedes qué fervorosos se muestran en sus prácticas religiosas y qué cariñosos en su trato unos con otros, los que antes ¡se devoraban!

Seamos todos misioneros de Cristo y para Cristo; lo pide así su Divino Corazón. Veo, efectivamente, que misionar aquí donde la civilización tiende al olvido de Dios, es más difícil y más ingrato a veces, que entre mis negros, pero ¡adelante siempre! sin miedo; quien por Dios y para Dios lucha, a la corta o a la larga consigue la victoria. Todo eso de desvíos de amigos, ingratitudes, pobreza de recursos, persecuciones, pequeñez de nuestras potencias... son chinitas que el demonio nos pone en el camino para que tropecemos y caigamos. A un lado con el pie las chinitas y ¡adelante!

Mirad: Cristo haciendo bien siempre, pero siempre perseguido y preso y escupido y blasfemado y azotado y cargado con la cruz y muerto, pero luego ¡victorioso, triunfador inmortal por los siglos de los siglos!

Nosotros somos sus discípulos, sus seguidores y no ha de ser de diferente condición el discípulo que el Maestro. ¿Qué más decirles, amigos míos? Ah, si todos pudiéramos ser mártires por Aquel que antes lo fué por nosotros!

GRATITUD

Con expresivo B. L. M. del señor Alcalde de Vitoria don Guillermo Montoya y Eguinoa, hemos recibido dos ejemplares de la GUIA DE VITORIA, patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento de aquella ciudad.

El libro está editado con gran lujo en papel satinado de doble cuerpo; tiene profusión de grabados, vistas de lo más importante de la capital, reproducción de cuadros de Rivera, Van Dick y otros; alrededores de la población y un plano a doble página, de Vitoria.

Agradecemos el envío y el honor que con él se nos ha dispensado.

Una plaga nacional

Para los creyentes constituye una gravísima falta de religión; acaso la más grave. Para los incrédulos bien educados debe constituir una imperdonable falta de urbanidad; tal vez la más molesta. Para todos, una vergüenza nacional; quizá la más saliente.

Por esas calles, y, en especial, por esos pueblos, el blasfemar es tema favorito y enfermedad endémica. Gentes ineducadas y groseras tienen a flor de labio el repertorio canallesco.

La sacrílega injuria es, a lo que parece, un manjar delicioso o un recurso eficaz para vencer dificultades; pero no sé de ningún carretero que haya desatollado su vehículo gracias a la blasfemia.

A tal punto, recuerdo una «salida» que escuché cierta vez en una aldea. Un vecino trataba de que un carro cargado hasta los cubos remontase la acentuada pendiente de una calle del pueblo, y, «como es natural», su infecta boca atronaba los ámbitos con blasfemias horribles. Asomóse a un balcón un sacerdote y le recriminó:

—No seas bárbaro—le dijo—. ¿Qué vas a conseguir con esas palabrotas? A las caballerías no se les hace andar con tal procedimiento.

—No, ¿eh?—le replicó el interpelado—. Pues baje *usté* aquí con el *guiso* a ver si adelantamos más.

Aquel mastuerzo no podía entender que si un santo varón no lograba dar ímpetu a unas mulas con el hisopo ni él las haría andar tampoco a fuerza de blasfemias, no se puede negar que, por lo menos, la buena fe de un cura manejando un hisopo es cosa que ni ofende ni molesta; mientras que el desahogo de un blasfemo constituye un escándalo.

A más de un trajinante les oí defender el sublime idiotismo de que sus bestias no obedecen si no acompaña al mando la blasfemia soez. Eso dicen los tales y se quedan tan frescos, porque no se permiten el muy barato lujo de recapacitar. Si se lo permitieran, comprenderían pronto que a los cuitados animales no les «convence» la blasfemia, como no les «convence» el mandato, sino la voz anunciadora del soberbio trallazo que suele acompañarles. Prueben, si no, a gritar en esos casos,

verbigracia. «¿No queréis reventar con otro empujoncito? Pues a ver si esta noche soy yo quien se manduca vuestro pienso y os quedáis sin cenar». En cuanto oigan las bestias estas frases, dichas en igual tono que las acostumbradas, se acordarán del palo y aportarán su esfuerzo. (Si pueden).

Pero resulta ocioso razonar de tal suerte. No hay persona en el mundo, por muy necia que fuere, que no esté convencida de la esterilidad de una blasfemia. ¿Por qué, entonces, no se reprimen? Por ese fondo innato de bravuconería que se alberga en el ánimo de todo buen blasfemo. Así como los mozalbetes comienzan a fumar por echárselas de hombres, así los hombres (y hasta los mozalbetes) se dan a la blasfemia para inspirar más miedo en quienes les escuchan. ¿Puerilidad? ¿Y quién duda que es infantil ese anhelo morboso de asustar a la gente? Para muchos es una imponderable golosina el sentirse temidos. Más que inspirar amor, procuran inspirar temor. Doctrina «apache». Y estas reflexiones nos conducen a la bien comprobada conclusión de que en el matonismo alienta siempre un sedimento de inmensa cobardía. El que alardea de «hombre» cuando no viene a cuento, es que abriga el temor de que le den un golpe.

¿Qué es la blasfemia sino un grito cobarde?

Si a un rentista avariento le presentan al cobro una factura y prorrumpen en blasfemias (porque también hay ricos que tienen esta gracia), ¿no sería bastante más gallardo ir a insultar al acreedor? ¿Qué culpa tienen Dios o San Pedro de que el dinero sirva para pagar?

¿Por qué ese carretero quiere probar su «hombría» lanzando injurias

en mitad de la calle? ¿No daría más pruebas de su virilidad insultando por sus nombres a otros tantos vecinos? ¿Que nada le han hecho esos vecinos? Pues, y Dios, y la Virgen, ¿qué le hicieron? ¿Consentir en la contrariedad que le aflige? ¡Ah, luego cree en Ellos! Y, si cree, ¿por qué les desafía? ¿No cree en Ellos? Pues, entonces, ¿por qué les da tanta importancia y los recuerda tanto? ¿Es por provocación a las creencias de muchas otras gentes? Pues eso es de mal gusto y de perversa educación.

Se puede ser muy fuerte, aunque no haya potencia para levantar un baúl. El caballo es más fuerte que el hombre; sin embargo, es el hombre quien fatiga al caballo. De la misma manera se puede ser muy bravo glorificando a Dios en lugar de injuriarle. ¿Se ha dudado por alguien la heroica bravura de aquel aragonés, jefe del Tercio, que halló muerte gloriosa en la primera acción que realizó en Marruecos al frente de las fuerzas legionarias? Pues don Rafael de Valenzuela (y hasta el nombre es evocador de bizarrías castellanas), había comulgado horas antes de acaudillar a sus legiones, y, a la cabeza de éstas, entró en la lucha cuerpo a cuerpo, ¿blasfemando? No tal: ¡santiguándose! ¡Si sería valiente ese indomable militar que arrostró al mismo tiempo las furias enemigas y el escepticismo probable de no pocos de sus acaudillados! mil veces más temible (para muchos) que aquéllas!

Si grande es el afán de presumir de «hombría», grande es también el que hay por alardear de señorío. Se esfuerzan muchas gentes con indumentos y modales en acreditar hidalguía, caballería... Sin embargo, blasfeman. Pues bien, no hay como la blasfemia pa-

Folleton de RELIGION Y PATRIA

(19)

CARGA MILITAR

Bocetos escénicos, por J. O. F.

caían heridos de muerte, aún tenían alientos para gritar: «¡viva España! ¡Así se muere, hijos míos! ¡Adelante por la Patria!» y los soldados se abrazaban a aquellos maestros sublimes de valor santo, jurando vengarles y avanzando... sí, miradme bien; lloro de pensar que una Patria que tanto vale y que tan digna es de nuestro cariño porque es noble y santa, tenga hijos malvados y traidores que quieran perderla y hacerla esclava de agiotistas extranjeros. (¡Muy bien, muy bien! en los oyentes; algunos le abrazan. Los de Pablo, pocos, están algo confundidos.)

No sé, no sé si tomaros por un malvado o por un demente. A vuestros años debierais raciocinar mejor.

Pablo.—Precisamente porque soy más viejo que vos tengo más experiencia y por lo mismo quiero preveniros, no contra la Patria, sino contra esa política funesta que abusa de vuestros entusiasmos y buena fe para esclavizaros a sus caprichos de diplomacia maquiavélica...

Noval.—Nada tengo que ver con esos políticos que me citais, ni con las chismogra-

fías de partido. Allá ellos si cumplen mal. En su día rendirán cuentas como todos. La historia sabrá juzgarlos. Yo debo concretarme a obedecer a mis superiores que en el mero hecho de estar siempre dispuestos a dar sus vidas por la Patria, nada han de mandarme contrario a ella y, más todavía, me obliga un juramento sagrado ante la bandera que, en día memorable y solemne, guardada por la cruz y la espada, prometí defender siempre hasta verter la última gota de sangre, y no sólo contra los enemigos de fuera, sino contra los de dentro, con que tened cuidado. Adiós. (Váse entre los aplausos y vivas al soldado español, de casi todos los allí presentes. Con Pablo se retiran unos pocos, silenciosos y avergonzados.)

El cuento del Abuelito

Decoración de campo.

Personas: El Abuelito.—Varios niños.

Abuelito.—(Sentado en un taburete y rodeado de muchos niños sentados en el suelo). ¿Todos fuisteis al Catecismo?

Niños.—Sí, señor, todos.

Abuelito.—Muy bien, muy bien; así me gusta. Cuando seáis hombres ya vereis cuánta es la importancia de este librito que vale

infinitamente más que pesa. El haber cumplido siempre con lo que manda el Catecismo, hizo de mí un hombre feliz, lo que cabe serlo en este mundo.

Un niño.—Oiga, abuelito, ¿y es para ahora ese cuento que usted nos prometió el otro día?

Abuelito.—Sí, señorito, es para ahora mismo (siempre cariñoso) pero habeis de estar quietos y no enredar.

Otro niño.—Este me está tirando pellizcos en la pantorrilla.

Abuelito.—El que no esté con buenos modos le despacho de la reunión y se queda sin cuento. ¿A ver? (Echando una mirada por el corro; nadie chista). Así me gusta. Con niños como vosotros tan obedientes dá gusto estar.

Erase una vez un hombre muy bueno, muy bueno...

Niño (1).—¿Como tú, abuelito?

Abuelito.—¡Ah, si yo fuese como él, hijo mío, qué seguro tendría el cielo! Pero no interrumpais. Erase una vez un hombre muy bueno muy bueno, como el pan de bueno...

Niño.—Cuando el pan no es duro como el que me dá mi madre.

Abuelito.—¡Chitón! (Mutis). Fiel cumplidor de los preceptos de Dios...

Niño.—¿Qué son *preceptos*, abuelito?

(1) Al decir *niño* quiere indicarse cualquiera de los del corro.

ra acreditarse de insigne malnacido. Y, para terminar, pidámosle al Gobierno que reprima y ataje este mal bochornoso, cada día en aumento. Si la viruela es signo de deshonra a la cultura de un país, no debe serlo menos la blasfemia. Y, como no hay otro camino para esa represión que las benditas multas, castiguese al bolsillo sin más contemplaciones, poniendo en la campaña el mismo ardor que puso el gobernante en extinguir el juego.

Al que le impongan una multa, blasfemarás después en casa; pero con voz tan débil, que, por lo menos, no producirá escándalo.

Ramón López-Montenegro.

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

Contracay, 7 :- GIJÓN

OVIEDO

De la silente población vetusta, gigantesco, incansable centinela, es el Naranco; a su cobijo gusta paz y reposo la ciudad de Fruela.

Su torre alzó la catedral augusta; pura una cruz en el azul cincela, y en la ancha paz de la ciudad adusta, ronco el clamor de las campanas vuela.

Rinde el ambiente acogedor y quedo. de amable simpatía las ofrendas.

De la vida moderna en el enredo, entre jardines y lujosas tiendas, alma de la ciudad, hay en Oviedo calles capaces de inspirar leyendas.

Juan Villaverde.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. T. S.—Madrid.—Pagó fin Setiembre 1929.

A. C.—Villaviciosa.—Id. fin Agosto 1929.

Sr. D. M. S.—Navia.—Pagó Setiembre de 1929.

Imp. La Reconquista.—S. Bernardo, 99.—Gijón

ACADEMIA DE CORTE Y CONFECCIÓN
SISTEMA FERRER, CON REAL PRIVILEGIO
DIRIGIDA POR LA PROFESORA

ELVIRA IGLESIAS

En esta Academia pueden las alumnas confeccionar desde el primer día las prendas que deseen. Se les enseña el estudio de figurines y se les provee de un valioso título que da opción al profesorado. En poco tiempo y por poco dinero se hace usted su carrera. Consulten honorarios y horas de clase.

Se admiten internas :- Precios convencionales

Calle de Pedro Menéndez, 7, 1.º = GIJÓN

LA DROGUERIA CANTABRICA, VENDE LAS VEINTE CURAS VEGETALES DEL ABATE HAMON



que curan radicalmente SOLO CON PLANTAS la diabetes, albuminuria, los bronquios y pulmones, (tos, bronquitis, asma, etc.), reuma, artritis, los males del estómago, males digestivos, pesadez, náuseas, etc.), las enfermedades de los nervios, del corazón, de los riñones, del hígado, de la piel, de la sangre, las úlceras del estómago, el estreñimiento, etc., sin necesidad de sujetarse a régimen alimenticio, según numerosas pruebas que contiene el libro "LA MEDICINA VEGETAL" que entregan gratis a quien lo solicite.

Eduardo Comes Mestre

ESCULTOR

(Sucesor de José Tena)

Construcción y restauración de Imágenes, Altares, Púlpitos, Oratorios, Andas, etc., etc.

Esta Casa que inspira sus Obras en el arte más exquisito y en el más puro espíritu católico, ha sido premiada por la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, y en varias Exposiciones

«Religión y Patria», que ha visto muchas de sus esculturas y posee varias, recomienda estos acreditados Talleres:

San Bartolomé, 5, y Auxias March, 2.

VALENCIA

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Ar-tículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas.

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Doctor EMILIO VILLA

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6

ESPECIALISTA — Electricidad médica.
Reformadores del PULMÓN y CORAZÓN —
San Bernardo, 148 — Teléfono: 79 :: GIJÓN

SIDRA CHAMPAGNE

"ZARRACINA"

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJÓN

LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida

Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

— GIJÓN —

Mochinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.
Piezas de recambio para las mismas.
Artículos de hierro fundido, como bañeras de agua, lucernas, columnas, ban-ban de jardín y cuantos encargos se hagan.

RAPIDA ENTREGA DE LOS PEDIDOS

"La Fama Asturiana"

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Se vende en las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf.1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.
Fundición de bronce y hierro.
Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

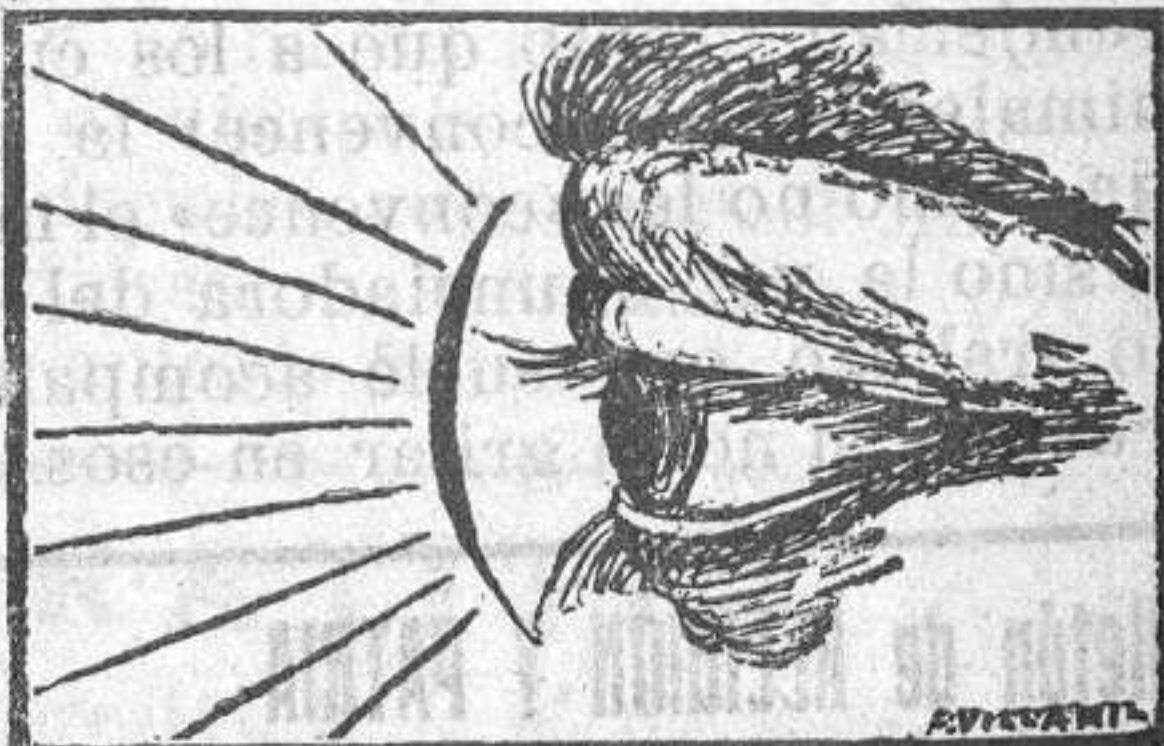
La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Se hacen en el día las recetas de los señores OCULISTAS



Cristales Koh-i-noor (montaña de luz), Zeiss, Woigtländer, etc., etc. Las mejores Marcas del mundo.
Ojos cristal, gran surtido.

F. VILLAMIL

Martínez Abades, 3 (antes Sta. Lucía) Gijón

Honorio Manso Médico-Dentista

Corrida, 24, 2.º (esquina a la del Carmen)
GIJÓN

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31
GIJÓN

Teléfono. 312.

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Cincuenta y dos años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

Corrida, 63 — Teléf. 490.

GIJÓN